



Artículo

Intelectuales, discurso y proceso hegemónico en Bolivia

Eduardo Paz Gonzales

Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia del Estado (Bolivia)

epaz@colmex.mx

Recibido: 15/12/16

Aceptado: 17/4/17

Resumen

Este artículo explora el papel de los intelectuales en el escenario de las estrategias políticas de la Bolivia contemporánea. El propósito es mostrar tanto las características que los hacen piezas estratégicas de la política como los constreñimientos que se ciernen sobre su práctica y rol. Para ello, se asume una perspectiva biográfica tomando los casos icónicos de los vicepresidentes Carlos Mesa Gisbert y Álvaro García Linera. Estos actores, situados en antípodas ideológicas y protagonistas de dos momentos de signo político diferente, enfrentan condicionamientos similares en cuanto a la producción del discurso. De manera simultánea se muestra cómo los cambios en el proceso hegemónico los lleva a ajustar su discurso en relación a las transformaciones del contexto.

Palabras clave: Intelectuales, campo político, vicepresidentes, método biográfico, Bolivia.

Abstract: This paper addresses the role of the intellectuals in the political struggle that characterizes the most recent period of Bolivian history. The main purpose is to show that intellectuals play a strategic function while constrained by the raw logic of the political power that is imposed over its practice. Using the biographical method, this paper takes two of the most prominent intellectuals of the last years: Carlos Mesa Gisbert and Álvaro García Linera. Nevertheless both academics have been in opposed parties and in several occasions they polemicized with each other; however, it is possible to describe the influence of the same structural constraints that affects the production of their respective discourses. At the same time it is shown that the hegemonic process forces the modification of the discourses in order to better adjust to the volatile political context.

Keywords: Intellectuals, political field, vice-presidents, biographical method, Bolivia.

Introducción

El “Proceso de cambio” en Bolivia es una importante experiencia de articulación de práctica política de movimientos sociales y de la emergencia de una discursividad alternativa al neoliberalismo (García Linera et. al. 2007; Mayorga 2011 y 2014; Zegada et. al. 2011). Este momento de la historia más reciente de Bolivia que empieza a vislumbrarse desde el año 2000 también ha recibido críticas considerables (Lazarte 2008, 2010; Mansilla et. al. 2014, Fernández et. al. 2014); sin embargo, la trascendencia de las transformaciones realizadas no puede ser simplemente reducida a una continuidad de neoliberalismo de la década de 1990. Se ha examinado y señalado cómo ha sido realizada la transición hegemónica entre un momento neoliberal y otro posneoliberal. Sin dejar de considerar los aportes de los trabajos mencionados, se puede advertir que todavía persiste un problema de “cajas negras”, es decir, se da cuenta de los insumos (inputs) y resultados (outputs) pero sabemos relativamente poco de la mecánica involucrada.

Este trabajo se propone mostrar un aspecto poco explorado en la literatura sobre la forma en que el reposicionamiento político de los actores involucrados en la dinámica contenciosa tiene efectos sobre los contenidos de los discursos generados. A partir de la selección de dos casos notables se pretende mostrar la importancia de ciertos aspectos con fuerte influencia en la producción discursiva intelectual; siendo el más destacado la sujeción que ejercen los personajes netamente políticos sobre los actores situados entre ambos mundos. Este argumento está en franca oposición a las perspectivas, más que todo normativas, que demarcan el terreno intelectual como uno en el que la acción y producción intelectual se define por su autonomía de los poderes terrenales o su sentido del deber respecto a valores más altos (Said, 1994; Gonzales, 2000). Una consecuencia para la producción de los discursos es la consideración de su contenido altamente situacional y anclado en un momento, sin que ello vaya en detrimento de su posible trascendencia en el tiempo.

Los casos seleccionados corresponden a dos personajes notables de la política boliviana. Uno es Carlos Mesa Gisbert, vicepresidente de Gonzalo Sánchez de Lozada y luego presidente entre 2003 y 2005. El otro es Álvaro García Linera, vicepresidente de Evo Morales desde 2006 hasta 2019. Existen similitudes notables que son indicativas del rol de los intelectuales así como diferencias que permitirán notar rasgos centrales de los discursos y las batallas por la hegemonía.

En las siguientes páginas se parte de algunas anotaciones críticas sobre los intelectuales, el discurso y su contribución a los procesos hegemónicos. La segunda y tercera parte son los casos, tomando en primer lugar el caso de Álvaro García Linera para luego retomar el caso de Carlos Mesa. Las estrategias expositivas son distintas y se notarán de inmediato aunque en ambos casos se utilizan elementos del método biográfico (Bertaux 1993, 2005; Becker 1974, Balán y Jelin 1979). Esto es así porque era menester mostrar a la vez el caso individual, pero también la relación con el establecimiento de una hegemonía en particular. Finalmente se proponen algunas reflexiones sobre los casos en contraste.

Discusión sobre intelectuales y hegemonía

En su póstuma obra “Lo nacional-popular” en Bolivia, René Zavaleta (1986) posa de inicio un concepto que sirve de hilo conductor para aproximarse a los momentos críticos de las sociedades: momento constitutivo. El momento constitutivo es un momento particular en el devenir de una sociedad en el que se da una transición entre esquemas de organización de la realidad política de un modo tal que un modo de comprensión queda obsoleto y otro se erige de modo duradero. Como señala el mismo Zavaleta, el primer componente de un momento constitutivo es el vaciamiento ideológico, es decir, la pérdida del sentido de las ideas fuerza que sostienen una forma de orden social. En cierto modo, el vaciamiento ideológico es el proceso de obsolescencia de un sentido común que había primado sobre otros como fuente de explicación de la realidad. Así, las certezas que dan seguridad ontológica a los actores se esfuman y en consecuencia sobrevienen momentos de remezón político.

El segundo componente de un momento constitutivo es la disponibilidad social. Evidentemente una sociedad no puede sumirse indefinidamente en la incertidumbre. De ahí que el colapso de una forma de comprensión del mundo, de organización de la realidad, sea seguido de una suerte de sed de nuevos sentidos organizadores, de ideas que devuelvan coherencia a los eventos que se suceden. La disponibilidad social es un momento excepcional en la que los diferentes grupos de la sociedad pueden intentar llenar el centro ideológico de un sistema político.

El momento constitutivo, se notará, es un concepto que está orientado a captar una forma de lucha en el plano intersubjetivo y que permite dar cuenta de los

desplazamientos discursivos de distintas facciones que pugnan por el poder político. Zavaleta a partir de este concepto muestra los cambios en las correlaciones de fuerzas entre grupos, ya no sólo en el plano de la ideología, sino también en el de la lucha material por la captación del excedente.

No obstante la fuerza esclarecedora del concepto de momento constitutivo y el uso que de éste hace Zavaleta, presentan problemas no menores en ciertos usos contemporáneos. El proceso político boliviano reciente ha sido visto por diversos autores como un nuevo momento constitutivo que se suma a hitos fundamentales del país: la guerra del Pacífico, la guerra federal de 1899, la revolución de 1952 entre los más notables. Sin embargo se ha impuesto una mirada que entiende el momento constitutivo ya como una caja negra o como una dinámica llanamente discursiva.

La caja negra en este caso refiere al hecho de que se toman los eventos que acaecen en la política tomando en cuenta solamente los antecedentes y los resultados finales, prestando escasa atención a los detalles del proceso concreto. Existe así análisis que al aproximarse sobre el momento constitutivo reciente lo ornamentan y suman en potencia expresiva con conceptos grandilocuentes pero sin profundizar en las cosas que efectivamente se hicieron y dejaron de hacer para que la historia cobre un cierto rumbo (Prada 2007, 2008, 2012). El resultado es que se sabe lo que antecede y lo que sucede, pero los mecanismos quedan velados bajo mantos de palabras. Un problema similar se tiene cuando los estudios se concentran exclusivamente en la dimensión discursiva sin considerar las condiciones en las que estos discursos son producidos y los propósitos específicos para los cuales son producidos por actores reales pertenecientes a una clase, un género y una etnia. El problema en este caso es la sobredimensión que adquiere lo discursivo en desmedro de las acciones, como si no hubiera una ligazón esencial entre ambas.

Por lo anterior es necesario armarse de los elementos conceptuales que permitan acercarse al momento constitutivo boliviano reciente de un modo que permita captar la filigrana de las transformaciones y de las continuidades. Cabe, retomando una influencia fuerte en Zavaleta, retomar algunos aspectos de los planteamientos de Antonio Gramsci (1963). Es notable que el momento constitutivo tiene una relación con la hegemonía en tanto se trata de las formas en que distintos sentidos comunes de grupos sociales ocupan o son desplazados de la centralidad política.

Uno de los aportes más duraderos de la obra de Gramsci está en la forma en que vincula a los intelectuales con la hegemonía. Los intelectuales, en tanto organizadores del sentido común, son actores que ocupan posiciones de producción y disseminación de ideas dirigidas a permear en la subjetividad de los grupos a quienes se dirigen. La relevancia que tienen los intelectuales en el proceso hegemónico deviene del hecho de que mucho de la lucha política no se dirige en el enfrentamiento abierto entre las fuerzas políticas presentes en una sociedad. El ámbito de la cultura, de la producción y disseminación de sentidos o de los modos de abordar las cuestiones vitales, son centrales en la lucha política, especialmente en cuanto es planteada como una lucha de posiciones. William Roseberry (2007) ha sugerido en un interesante artículo una aproximación enriquecedora de la perspectiva de la hegemonía. De acuerdo a Roseberry, la hegemonía tiene una faceta relativa a la constitución de lenguajes de controversia, que, por operaciones diferentes, se imponen como los lenguajes que tienen validez para polemizar. Valga recurrir a un lenguaje estructuralista para expresar estas ideas: si atendiésemos a dos clases fundamentales de una formación social por separado, es concebible que ambas expresen sus intereses en términos propios y que de suyo favorezcan sus propias perspectivas. No obstante esa situación raramente se da porque estas dos clases están interrelacionadas y en contradicción. Hay una situación de hegemonía en la medida en que para poder polemizar una de estas clases está obligada, por su situación de debilidad en el contexto de correlación de fuerzas, a recurrir al lenguaje de la otra para poder expresar sus intereses. Evidentemente, usan el lenguaje y, en cierto modo, el conjunto de dispositivos institucionales que lo rodean.

Desde luego, lo anterior existe en la sociedad de un modo más fluido e inestable. James Scott es uno de los detractores del concepto de hegemonía y su obra sobre las resistencias cotidianas efectivamente posa problemas serios a ciertas concepciones de hegemonía (1985). Como señala Scott, los dominados no simplemente se resignan a ocupar ese lugar en una sociedad. Activamente y de modos difusos pero efectivos, desafían el orden que los oprime. Para un concepto demasiado plano de hegemonía, este es un argumento efectivo ya que el consenso implícito en la hegemonía no tendría lugar si constantemente se siguen las refriegas minúsculas que rompen el orden. Esto que podría suponer un problema para un concepto estático de hegemonía, siguiendo la perspectiva de Roseberry, debe ser analizado en cuanto a si las formas específicas de desorden y

desafío se expresan de un modo que realmente desmonta la dominación o acaba prestándose a la reafirmación o por lo menos reproducción de ésta.

Lo que provee Scott de particular utilidad es la mirada dirigida sobre las prácticas sociales en el orden de lo cotidiano y de las relaciones cara a cara que puede ser añadido para entender los procesos hegemónicos. Por debajo de los órdenes políticos y discursivos que se presentan como entelequias acabadas, uniformes, incluso animadas en sí mismas, hay que reconocer un conjunto de prácticas que son constitutivas de la estructuración de la sociedad y del orden político. En las siguientes páginas se opera un cambio de aquello que se coloca bajo la lupa, ya no atendiendo a ciertos actores dominados sobre los que habla Scott sino para ver, dentro del mismo orden de la práctica, el lugar de los intelectuales.

Siguiendo a Gramsci (1963), se asume que todos los actores de una sociedad desempeñan labores intelectuales en su vida, sin embargo no todos los actores desempeñan la labor de intelectual para la sociedad o una fracción de ésta. Hay procesos sociales de selección, formación, filiación y reclutamiento que hacen posible la emergencia de ciertos actores como intelectuales. Al mismo tiempo las diferentes labores que constituyen a un intelectual –organización y dirección- son de ejecución muy diversa. El mismo Gramsci (ibid) reconoce que un empresario cumple funciones de intelectual al organizar el trabajo y los obreros en una empresa. Su misma definición de intelectual orgánico, tan cara a la literatura sobre el tema, señala que éste es el que organiza y dirige una clase siendo uno más de sus miembros, no un allegado o simpatizante de otra clase. En ese sentido el intelectual orgánico estaría más cerca de las descripciones que en los contextos de Perú y México, Florencia Mallon realiza para los profesores rurales que, siendo de extracción campesina, asumen funciones de dirección y organización dentro de la clase campesina, de un modo muy similar al que ocurre en Bolivia. Es notable que estos organizadores cumplen un rol central en las luchas de esta clase, y no faltan ejemplos sobre cómo otras clases se proveen de sus propios dirigentes. En las siguientes páginas, no obstante, no se tomarán estos articuladores intraclase, sino los que en principio se adecuan mejor a la función de intelectuales profesionales, que proviniendo de distintas clases, se embarcan en una tarea de producción no dentro de una clase, sino frente a públicos heterogéneos con los que no se mantiene una relación personal. La preponderancia de este ámbito de acción en el que los intelectuales profesionales actúan

deviene de las necesidades políticas de articulación de intereses de diferentes grupos dentro de la sociedad.

Siguiendo los aportes de Pierre Bourdieu (1991, 2001), se considera que el universo de los intelectuales involucrados en un campo se distingue por la diferencia en volumen y estructura de sus capitales. Por lo mismo, el campo intelectual es en sí mismo un espacio de lucha en el que surgen antagonismos y alianzas entre diversos actores en competencia por establecer a la vez el carácter mismo de los que es ser un intelectual, conflicto mediado por las polémicas específicas de la producción de los discursos que apuntan a establecer la verdad de distintos tópicos. En las páginas que siguen se favorece, para fines expositivos, dos carreras particulares de intelectuales que participan en la arena política para mostrar las fuerzas que constriñen su accionar y a la vez mostrar los espacios de agencia que quedan abiertos.

El vicepresidente intelectual de Evo Morales

A mediados de la década de 1980, Álvaro García Linera -nacido en 1962, nieto de una familia afectada por la reforma agraria e hijo de un hogar de jefatura femenina en el que la madre trabajaba como secretaria para que él estudiara en un colegio católico de Cochabamba- regresa a Bolivia después de un periodo en México. Allí había cursado, sin concluir, la carrera de matemáticas en la Universidad Nacional Autónoma de México, lugar donde también entró en contacto e intercambio con los grupos de solidaridad con Guatemala y El Salvador. La experiencia centroamericana de lucha armada lo había inspirado y a la vez le proveyó de una diversidad de enseñanzas sobre los modos de llevarla a cabo.

Es bajo el influjo de esta experiencia vital que García Linera regresa a Bolivia con la convicción de contribuir a una lucha social de tipo guerrillero. Para ello volvió acompañado de un círculo cercano de personas entre quienes se cuenta a quien era su pareja, Raquel Gutiérrez Aguilar, así como a su hermano y su cuñada. A su llegada a Bolivia, el centro de su atención son los campamentos mineros, histórica fuerza de transformación del país.

Sin embargo, la debacle del gobierno de la Unidad Democrático Popular acelerará una transición en la que las fuerzas emergentes del neoliberalismo se hacen de la iniciativa política. En 1985, durante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, se firma el Decreto Supremo 21060, por el cual el Estado se deshacía de sus responsabilidades

sociales. En ese marco es que se liquida a la Corporación Minera de Bolivia y se despiden a una gran parte de los mineros. La promesa del gobierno, nunca cumplida, es la relocalización de los mineros, quienes por propios medios se reubican en zonas urbanas periféricas y en zona de colonización agraria.

En esas condiciones es que el grupo de Álvaro García Linera se ve conminado a adoptar una variante estratégica: dada la situación de declive de los mineros, vuelcan los esfuerzos organizadores hacia los campesinos de tierras altas, que además tienen una fuerte identidad étnica, principalmente como aymaras. Los compañeros campesinos, que antes había sido minoría en las reuniones que sostenían, pasan a ser mayoría y fuerza motriz. Es en este giro de circunstancia que García Linera se aproxima al líder campesino Felipe Quispe Huanca -nacido en 1942-, que ya venía de una formación sindical y una experiencia de lucha indianista. Así se conforma el Ejército Guerrillero Tupaj Katari (EGTK). De tal modo lo que estaba originalmente concebido como un movimiento de núcleo obrerista es trocado por uno de matriz indígena-campesina.

El periodo de preparación del EGTK se extiende desde mediados de los años 80 e inicia operaciones al inicio de la década de 1990. Sin embargo, a poco de iniciar acciones, los aparatos de inteligencia del Estado se percatan de ellos y en 1992 uno de los miembros es detenido. No pasará mucho tiempo antes de que el resto de los miembros del EGTK caigan en manos de la policía, sean acusados de alzamiento armado y reclusos en cárceles como medida preventiva.

En 1997 García Linera, Felipe Quispe y sus compañeros son liberados amparándose en una medida en contra de la retardación de justicia. Salidos de la cárcel tanto Quispe como García Linera retoman su actividad política, pero apostando por la movilización de masas antes que por repetir la estrategia guerrillera. García Linera, que había seguido escribiendo desde la cárcel, es invitado a dar clases en la Universidad Mayor de San Andrés. Desde ahí prosigue su actividad como forjador de opinión y a la vez realizando investigaciones que le permiten expandir sus ideas y hacerlas conocidas. Es en este momento en que comienza su producción más divulgada y con la que gana notoriedad como intelectual.

Por su parte, Quispe vuelve a buscar espacios en el ente matriz de los trabajadores campesinos: la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). Por entonces, la CSUTCB padecía el embate de las medidas del neoliberalismo y veía sus fuerzas desperdigadas. Tres líderes competían entonces por

asumir la dirección: Alejo Veliz de los campesinos de Cochabamba, Roman Loayza dirigente de los cocaleros de los Yungas y Evo Morales Ayma, que conducía a los cocaleros de la región del Chapare. Los tres frentes estaban anegados en problemas por la dirección, que en cierto modo expresa las diferencias en cuanto a los intereses sectoriales.

Felipe Quispe, que vuelve a la lucha sindical representando a campesinos del altiplano, gana en popularidad encumbrando un discurso de rechazo absoluto a lo que era el neoliberalismo e incluso más que ello. Felipe Quispe reaviva así una ideología que había quedado soterrada durante los años dorados del neoliberalismo: la tesis de las dos Bolivias, una Bolivia criollo mestiza, explotadora y la otra, la Bolivia de los indios explotados. Ese enunciado en ese momento fue disruptivo del léxico que se había impuesto desde 1985: gobernabilidad, democracia representativa y pactada, fortalecimiento institucional. El cambio de posición de la CSTUCB de una posición pasiva a una beligerante conmocionó la hegemonía neoliberal y a la vez reavivó miedos sobre los conflictos étnicos.

Mientras Quispe agitaba la organización campesina y llamaba la atención de los medios, García Linera, desde una posición de apoyo escribía artículos y libros que profundizaban en la tensión entre las naciones indígenas y la nación boliviana. Como persona de clase media, colaborador en medios de prensa de público más intelectualizado, García Linera apareció como uno de los justificadores de lo que Quispe hacía al nivel del movimiento social. De tal modo García Linera se vio forjado como una de las personas a quien se acudía para entender una serie de movilizaciones sociales - tanto las comandadas por Quispe, así como la Guerra del Agua en Cochabamba o las de los cocaleros de Chapare- que eran incomprensibles en el marco de la gobernabilidad.

En las elecciones del año 2002 sale electo con 22.5% de los votos Gonzalo Sánchez de Lozada, líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario, epígono del neoliberalismo y presidente entre 1993 y 1997. En esas mismas elecciones tanto el Movimiento al Socialismo de Evo Morales como el Movimiento Indígena Pachacuti de Felipe Quispe logran votaciones importantes: 20.9% y 6.1% respectivamente. Estas votaciones supusieron el logro de bancadas en el parlamento que eran considerables. Morales inclusive pudiera haber jugado por hacer alianzas con otras fuerzas para aspirar a la presidencia, pero optó por no hacerlo.

Evo Morales -nacido en 1959- ascendió hasta las cimas de la política de modo turbulento. Originario de un pueblo en el altiplano orureño, migró joven a la zona del Chapare donde se hizo cocalero y se involucró en la vida sindical. Desde los años del neoliberalismo la política antidrogas se acentuó con la intervención de la DEA estadounidense, lo cual inició una persecución brutal de los campesinos cocaleros que se vieron sujetos a cruentas prácticas. Morales en esos años es uno de los líderes que comanda la resistencia contra los vejámenes de una política antidroga que es dura contra quienes producen materia prima pero laxa con las mafias responsables del tráfico. La lucha cocalera, que desde el gobierno era acusada de estar vinculada al narcotráfico, tenía en su arsenal la posibilidad de plantearse la resistencia como un tema de soberanía que opone a los bolivianos con el gobierno de Estados Unidos. A la izquierda del campo político, en cierto modo huérfana de programa, la resistencia cocalera se le presentaba de un modo más habitual de procesar: el clivaje que opone la nación a la agresión imperialista.

En 1997 Morales es electo diputado por la Izquierda Unida, ampliando los escenarios en los que ofrecía oposición al gobierno del General Hugo Banzer. A la vez, se le hace imprescindible hacer alianzas y las encuentra en primera instancia entre los cuadros de la izquierda que estaba desvencijada desde 1985. En enero de 2002 Morales es expulsado del parlamento por sus actividades políticas en contra de las agresiones en zonas cocaleras y más tarde ese año el embajador de Estados Unidos, Manuel Rocha, advierte a los bolivianos a no votar por Morales so pena de dañar las relaciones con su país. Todo lo anterior se tiende como un escenario en el que al intentar neutralizar a Morales, en realidad, logró atizar la rabia en contra de un gobierno boliviano sometido a las directrices norteamericanas.

Así, Quispe y Morales llegaron a la justa electoral de 2002: mientras el primero hizo flamear banderas del nacionalismo indio, el segundo lo hizo bajo el signo del antiimperialismo, ambas divisas en franco choque con el orden neoliberal. El primero, no obstante, a la vez que lograba polarizar un campo político en el que se había impuesto el sentido común neoliberal, justamente por eso mismo generaba anticuerpos férreos. Acusaciones de racismo y separatismo evitaban que haya una mayor propagación de las ideas de Quispe. Morales en cambio manejaba una posición potable, que frente a Quispe, aparecía como más factible.

Entre las elecciones de 2002 y 2005 ocurrió la denominada Guerra del Gas, una movilización popular que concluyó en la expulsión de Sánchez de Lozada, quien intentaba vender gas boliviano por un puerto chileno, negocio que daba continuidad al saqueo del país. Las protestas sociales iniciadas desde 2000 hacían colapsar las ideas comunes del neoliberalismo y hacían necesario que un nuevo sentido político terminara de engendrarse. Para la elección de 2005, Álvaro García Linera había sido atraído hacia el polo de la izquierda en torno a Morales. El desempeño que el primero había tenido en la difusión de las ideas contestatarias lo acercaron a Morales, más aún en la medida que el partido de Quispe se empantanó en grescas internas. Finalmente, García Linera resultó un acompañante de fórmula que permitía expandir el radio de afectación de Morales hacia la clase media.

Es notorio cómo la aproximación de García Linera a Morales y su órbita impuso en el intelectual una recalibración de su mirada y de su producción: quien había sido uno de los ideólogos más controversiales de las autonomías indígenas, en la proximidad de Morales pudo reorientar ambas tendencias en un producto de bastante eficacia política. García Linera a inicios del siglo XXI postulaba la posibilidad de una autonomía nacional aymara dotada de institucionalidad política propia en un modelo que bien podría remitir a un federalismo binacional (García Linera 2005, 2005b). Esta perspectiva se sustentaba no solamente en el reconocimiento de una particularidad étnica sino además en lo que García Linera consideró una madurez política del sentido de comunidad aymara, forjada ésta última en la lucha y la constitución de organizaciones de reivindicación. Estos rasgos diferenciarían a los aymaras de otros pueblos indígenas que no han alcanzado esa, diríamos, masa crítica de politización.

Una vez que García Linera se aproximó a Morales, su énfasis aymarista se diluyó. El corazón popular del Movimiento al socialismo son los cocaleros del Chapare, que si bien en términos latos pueden ser considerados indígenas en el universo de etiquetas identitarias del país, ellos mismos son antes que nada, precisamente, cocaleros, es decir, campesinos. Alrededor de los cocaleros convergieron diferentes organizaciones indígenas, campesinas y populares, por lo que el tenor aymarista se perdía en la gama más amplia de demandas. Es esa situación la que lleva a García Linera a reorientar su perspectiva y si bien es uno de los máximos impulsores del Estado Plurinacional, éste está lejos de encarnar una forma federalizada de organización política. En la

convergencia entre Morales y García Linera lo que primó fue la combinación de los ideales de autonomía indígena con el fortalecimiento de una identidad nacional boliviana.

Lo anterior es expresivo del movimiento táctico del momento: tuvo que crearse el marco en el que la idea de Estado Plurinacional pudiese ser aprendido como algo con sentido, y a esto García Linera colaboró junto a otros. Para comprender esto hay que percatarse del mismo desplazamiento de García Linera, que ubicado más cerca de Quispe, se desplaza en el campo de la izquierda hasta quedar en el entorno inmediato de Morales. El ajuste de su perspectiva personal, que es un ajuste vivido por muchos más actores que tuvieron que ceñirse a las condiciones de lo que era posible en un estado del campo político, da cuenta del cambio de acentos en su perspectiva teórica y en su evaluación de las fuerzas en Bolivia.

Lo anterior no se hizo en condiciones apacibles. Entre 2006 y 2009 el conflicto político tomó una forma de lucha entre las fuerzas conservadoras asociadas a la agroindustria y el bloque popular emergente. En el momento decisivo las fuerzas conservadoras pergeñaron un golpe de Estado desde las regiones que fue rechazado militarmente por el gobierno que luego refrendó su victoria en la aprobación de la actual Constitución Política del Estado. Desde ese momento García Linera pasó del análisis en términos de ascenso de las fuerzas populares al de la construcción de la hegemonía. Sin duda muchas cosas habían cambiado en la arena política, incluida su posición dentro del diagrama del poder, y sus escritos responden a las tareas que tiene al frente.

La derrota del bloque conservador significó un paso a un escenario de oposiciones fragmentadas. Las fuerzas conservadoras efectivamente pudieron retener regiones y gobiernos locales, pero ya sin posibilidades inmediatas de réplica. A la vez emergieron tensiones en el bloque popular que expresaban tensiones centrípetas y centrífugas respecto del Estado: El bloque que encumbró al gobierno se fisuró entre aquellos que adoptaron una posición más idealista y demandan una política que siga siendo esencialmente de movimientos sociales por un lado, y aquellos que toman una posición más cruda de la política y consideran que el control del Estado debe conservarse para poder hacer algo más allá de poesía revolucionaria. La constitución del Estado Plurinacional representa en ese sentido un conjunto de dilemas para los cuales no hay respuesta sencillas: ¿cuánta autonomía para pueblos indígenas permite conservar la unidad necesaria para contener a las empresas e intereses del capital transnacional?, ¿cuánta demanda de un sector específico puede ser respondida y atendida sin dejar de

lado la noción de bien común? En este escenario de tensiones, por su posición, García Linera adopta la defensa de la integridad del Estado y la edificación de la hegemonía, postura que si bien contrasta con su radicalidad pre 2006, se explica también por las transiciones políticas en el Estado en turbulentos 10 años.

Es en medio de la turbulencia que en *Identidad boliviana* (2014) García Linera aprovecha de responder a la crítica de Carlos Mesa expresada en *La sirena y el charango* (2013). En este texto Mesa aboga por una visión de mestizaje en el que las identidades étnicas reconozcan su doble filiación indígena e hispánica, lo cual está plasmado tanto en la biología como en la cultura: el sincretismo está en la cultura, en la lengua, la religión y los imaginarios. Todo es una amalgama en la que se teje con hilos tanto de las civilizaciones pre colombianas como las llegadas desde 1942. En ese orden de cosas, Mesa considera que las demandas indígenas son particularismos que erosionan la identidad colectiva de los bolivianos. No es casual que Mesa haya aprovechado la publicación de los datos del censo 2012 en el que la autoidentificación indígena se redujo de más del 60% a poco más del 40%.

Álvaro García Linera apunta a exponer las debilidades de argumentación de su contendor: según él, el sincretismo y la mezcla son un dato evidente, no de la historia boliviana, sino de la historia de la humanidad. El problema sustancial radica en las modalidades de poder que están involucradas en el sincretismo y en los productos que de éste se desprenden. García Linera recuerda que si bien puede identificarse el sincretismo a lo largo de la historia del país, hay una marca colonial que lo reviste: lo que aparece próximo a lo indígena es abyecto y la negación de este mundo es loado. Todo ello no concluyó con la Revolución de 1952 –bastión histórico de Mesa- sino que fue eufemizado para dar continuidad a la dominación colonial. Es solamente con el gobierno de Evo Morales como cúspide de un momento de movilización popular en que las diferentes identidades negadas han encontrado un espacio de reconocimiento estatal y social. Solo en la medida en que el ejercicio del poder deja de ser un monopolio con etiqueta étnica es que la identidad boliviana se fortalece en su diversidad.

Es evidente que Mesa, cuya trayectoria se detalla en seguida, aun teniendo una postura de intelectual está alejado de las discusiones académicas. De ahí que su alusión al mestizaje resulte trasnochada y propia de proyectos de construcción estatal del siglo XX. A la vez, resulta claro que le deja mucho espacio a García Linera para disparar contra sus argumentos trayendo a colación algo tan inmediato como la cuestión del poder. Sin

embargo es de notar que el viejo defensor de la autonomía aymara ha dejado de pensar en esos términos para, con algo de razón, enfatizar los logros de la emergencia indígena-campesina en una clave que permite pensar Bolivia como una unidad.

El vicepresidente intelectual de Gonzalo Sánchez de Lozada

Gonzalo Sánchez de Lozada nace en 1930, hijo de una familia vinculada a las altas esferas del poder político. Criado y educado en Estados Unidos, donde su padre fungió reiteradamente como diplomático, se vinculó desde joven con sectores empresariales y corporativos de ese país. Regresa a Bolivia brevemente en 1949 y nuevamente en 1951 para establecerse en el país. Por ese entonces, los eventos de la revolución de 1952 le son ajenos mientras él se ocupaba en hacer carrera como cineasta. Con 32 años, Sánchez de Lozada funda la Compañía Minera del Sur, COMSUR. Dos años después comenzó el gobierno dictatorial de René Barrientos Ortuño, caracterizado por el retroceso en las políticas revolucionarias implementadas desde 1952. Entre estas medidas se cuenta la claudicación en el proceso de control y gestión de la minería del país por parte del Estado para entregar los yacimientos a empresas privadas, entre ellas COMSUR. En el gobierno siguiente, dirigido por Alfredo Ovando Candia, de posición nacionalista, Sánchez de Lozada ocupó un cargo directivo en la Asociación Nacional de Minería Mediana, desde donde combatió las medidas sociales del gobierno porque estas atentarían contra la rentabilidad de las empresas.

Durante los años del gobierno dictatorial de Banzer (1971-1978), la minería mediana recibió indemnizaciones supervaloradas y a la vez el marco legal le permitió hacer conexiones con la banca privada, capitales transnacionales e incursionar en la propiedad agroindustrial en el oriente de Bolivia. Posteriormente, durante los gobiernos militares entre 1978 y 1982, COMSUR evadió impuestos de producción, se le permitió explotar minas sin contratos y sin pagos de impuestos y el mismo gobierno le beneficio al abrogar los impuestos de exportación de minerales (Soliz Rada 2001: 114-6). Para decirlo en síntesis, la empresa de Gonzalo Sánchez de Lozada se benefició económicamente de todos los gobiernos y de todas las medidas que estaban dirigidas en contra del desarrollo del país, la redistribución del excedente y el fortalecimiento del Estado.

Desde 1979, en Bolivia, hubo una intermitencia entre gobiernos democráticos y militares en el proceso de transición a la democracia. Desde entonces, Sánchez de Lozada comienza su carrera política, postulándose y ganando primero cargos como

diputado nacional (1979 y 1980) y posteriormente como senador (1985). Su salto a la política fue facilitado tanto por la antigua vinculación de su padre con el ala conservadora del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) como por las fuertes inversiones de campaña realizadas por Sánchez de Lozada desde 1979. Para la campaña electoral de 1985, Sánchez de Lozada fue el principal inversor del MNR, lo que concluyó con la elección como presidente del líder histórico del partido Víctor Paz Estenssoro como presidente del país, Gonzalo Sánchez de Lozada como senador que luego se constituyó en ministro de planificación y su hermano, Antonio Sánchez de Lozada, como contralor general de la república. Desde esas posiciones se dio el tiro de gracia al Estado de 1952 para inaugurar el período de neoliberalismo en el país.

El agotamiento del Estado de 1952 no puede explicarse solo por la acción de los hermanos Sánchez de Lozada. El gobierno dictatorial de Hugo Banzer Suarez en la década de 1970 es central para entender la erosión de programa de Estado fuerte de 1952. Como ha señalado Luís H. Antezana, el nacionalismo revolucionario es un ideologema que oscila pendularmente entre su aspecto más revolucionario y el más conservador (Antezana 1983). El gobierno de Banzer fue un momento conservador, ferozmente antiizquierdista: desbarató a las fuerzas sociales que apuntaban a la construcción del socialismo en sus diversas versiones a través de la persecución, el encarcelamiento, el asesinato y el destierro. Las fuerzas de izquierda, desbandadas y reducidas, atinaron a forjar un frente común por una lucha por la democracia, pero el impulso socialista había sido disuelto bajo la violencia.

El gobierno de Banzer además fue enorme dilapidador del erario público. Fue en estos años que el gobierno se embarcó en una repartición de tierras fiscales que luego sirvieron como base para la agroindustria y la ganadería en manos de privados cercanos a las cúpulas derechistas. También por entonces se disparó la deuda externa boliviana y se dio continuidad al saqueo de las empresas del Estado. A la conclusión del gobierno de Banzer, el Estado estaba de franca capa caída, incapaz de dar respuestas a las tareas que resultaban necesarias. En ese contexto es que el neoliberalismo aparece como programa posible frente a una situación desesperada, en la que las elites partidarias encuentran el beneficio de la implementación de este paquete de políticas.

Sánchez de Lozada asume la jefatura del MNR desde 1989 y es electo presidente por primera vez en 1993 con un programa caracterizado por reformas neoliberales de segunda generación: privatización de empresas estatales, reducción del aparato público,

control de variables macroeconómicas, reformas de descentralización, etc. El gobierno es eficaz no sólo en llevar las reformas adelante sino además de sacar beneficio de ellas, por ejemplo al tener a agentes tanto del lado del Estado como de la empresa que privatiza, haciendo primar los intereses empresariales y rematando los bienes del Estado.

Por entonces, el apoyo mediático de un periodista fue un engranaje relevante. Carlos Mesa Gisbert, nacido en 1953, hijo de prominentes historiadores, educado en un colegio Jesuita de La Paz aunque concluyó su educación en España. Comenzó sin concluir la carrera de Ciencias Políticas en la Complutense de Madrid y luego cursó la carrera de literatura en La Paz, igualmente sin concluirla. Periodista que en el periodo de transición a la democracia ganó notoriedad como fundador y, por algún tiempo, director de la Cinemateca Boliviana, y por su actividad en diversos medios, iniciándose en 1979 en Radio Cristal, dirigida por Mario Castro. Desde 1982 es subdirector de Última Hora y desde 1983 se dedica a la televisión, comenzando en Televisión Boliviana y América Televisión para luego recorrer las diferentes frecuencias de La Paz. Desde 1990, junto a otros periodistas, funda la empresa Periodistas Asociados Televisión, la cual produce noticieros y programas de entrevistas en los cuales Mesa tiene un rol protagónico, convirtiéndose en un periodista con amplio reconocimiento por el público en general. (Mesa Gisbert, 2000)

Durante el primer gobierno de Sánchez de Lozada en 1993, Mesa constantemente bajó línea favorable que facilitó la aplicación de las medidas del gobierno. En los hechos se convirtió en un portavoz del gobierno. Mesa fue así parte de los intelectuales profesionales de la hegemonía neoliberal, destacando ambos la figura de Sánchez de Lozada como un reformador necesario en un momento en que no había otros caminos por los cuales avanzar. La impronta que había dejado el desplome del bloque soviético y la enunciación del fin de la historia por parte del funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Francis Fukuyama, se hacía sentir en Bolivia. Las posiciones divergentes frente a las líneas ideológicas de Sánchez de Lozada no tenían espacio entre los partidos tradicionales que o bien eran aliados del MNR o ya esperaban alternar en el poder sin que hubiera una variación sustantiva de programa político, económico y social.

La proximidad de Mesa al primer gobierno de Sánchez de Lozada lo acercó a la campaña para las justas electorales de 2002. Ese año es contactado por Gonzalo Sánchez de Lozada que le pide que se reúna con asesores suyos. Estos le explican que

entre los resultados de una encuesta sobre percepciones políticas, él aparecía como un personaje a la vez reconocido y apreciado por la población, destacando del resto de los nombres incluidos en la boleta. A partir de ello es que le piden ser compañero de fórmula de Sánchez de Lozada, a lo que accede. Después de una campaña complicada que concluye con la victoria relativa del MNR y la consecución de una coalición de gobierno, Mesa es posesionado como Vicepresidente del país (Mesa Gisbert 2008).

La campaña fue exitosa y se logró revertir una situación inicialmente poco prometedora, así Sánchez de Lozada empezó su segundo mandato. Sin embargo, la posición que le toca ocupar a Mesa en el gobierno resulta opaca: aquellas facultades extraordinarias que se le habían prometido, por ejemplo para combatir la corrupción, se revelan como tibias posibilidades de acción que son netamente anuladas cuando contrariaron los intereses y agentes del gobierno. El aislamiento de Mesa se agudiza en la medida que la situación política se tensa y acorrala al gobierno frente a las movilizaciones sociales (Mesa Gisbert 2008b). Las opiniones de Mesa pesaron cada vez menos en el entorno del presidente en la misma medida que este perdía contacto con la realidad y fallaba en mesurar el encono de la población en contra suyo. En los momentos críticos que antecedieron al desenlace del gobierno, Mesa abogó por aceptar demandas a fin de salvar al gobierno pero ya era patente que no era oído, lo que aceleró su apartamiento del gobierno.

Expulsado Sánchez de Lozada, Mesa asumió como presidente desarmado de partido –el que lo llevó al ejecutivo siguió respondiendo a su jefe prófugo en Estados Unidos- sin ninguna estructura de apoyo, acompañado de un equipo de asesores sin influencia sobre la población y con una oratoria notable como principal recurso. En esas condiciones Mesa tuvo un trabajo cuesta arriba, asediado por las diferentes fuerzas políticas tanto de las regiones y el parlamento como de los movimientos sociales. Si bien en diferentes momentos contó con el apoyo espontáneo de sectores de la población y tuvo una aceptación relativamente alta como presidente, quedó estrangulado por la dinámica específica de la política.

El gobierno de Mesa se desarrolló a partir de una declarada defensa de las instituciones del país y de la democracia para llevar adelante lo que en octubre de 2003 impuso como agenda política nacional; esto en la interpretación de Mesa era un retorno al nacionalismo revolucionario, alejándose del signo de Sánchez de Lozada y del neoliberalismo que se habían convertido en la encarnación del mal para los bolivianos.

Mesa insistió en que los marcos jurídicos debían respetarse a la vez que invocó invariablemente la herencia de la construcción de la república, reconociendo las demandas de los pueblos indígenas pero comprendiéndolas dentro del mestizaje como encuentro de dos civilizaciones que hoy se expresan en la riqueza de lo boliviano. Dentro de esa riqueza y como legado de la herencia europea también cuentan los valores universales del humanismo y la ilustración, lo que le impide adoptar una posición que favorezca lo que ve como la segmentación de los bolivianos.

La debacle del gobierno de Mesa resulta de la falta de correlato de la orientación de su gobierno con una base social: su postura de mestizaje ilustrado, si bien muchas veces le dio legitimidad y oxígeno para sacar a flote su gobierno, resultó ser baluarte insuficiente para batirse con los intereses y horizontes políticos de actores con mayor potencia social. Es en ese sentido que el mestizaje ilustrado, metaforizado por los infortunios del gobierno de Mesa, representó la bien intencionada acción de rescatar y remozar un programa político que cada vez latía con menos fuerza. Esta debilidad se puede leer en otras señales exteriores, como su propio lugar en el gobierno en el que fue vicepresidente: es seleccionado para acompañar a Gonzalo Sánchez de Lozada por su popularidad, pero aquellas prerrogativas que el político le promete al intelectual son vacías. La relación entre ellos se percibe incluso en su trato. Cuando Mesa escribe “por una vez el Presidente no me había citado a una hora para hacerme esperar otra” (Mesa 2008: 64) expresa la condición de completa subordinación al político, expresa también la situación de figura ornamental del intelectual en el entorno del gobierno. Luego, ya presidente, Mesa va de tropezón en tropezón sin encontrar el espacio en el que su acción pueda tener efecto. Es, de modo dramático, la figura que representa al intelectual fagocitado por unas arenas más ariscas de lo que puede anticipar.

Posteriormente a su defección del poder, Mesa actúa como intelectual que reivindica el nacionalismo revolucionario de 1952 y sus instituciones, entre ellas, el mestizaje. En su libro *La Sirena y el charango* hace una defensa de la amalgama que supuestamente es el mestizaje boliviano. Es notable a la vez que hay una súbita recuperación de una ideología con la que simpatizó antes de 1985 pero que había estado archivada en el contexto neoliberal. No es menor, en todo caso, cómo esta recuperación pragmática del nacionalismo revolucionario tiene por objeto contener el impulso de las demandas indígenas de autonomía y de edificación de un orden institucional en el que se cuente a los pueblos del país en primera línea. Se constata entonces un paso hacia atrás

que lo aleja del neoliberalismo y lo presiona a adoptar un postura de unidad dirigida a contrarrestar la presencia indígena como sujeto político.

Reflexiones en el contraste de los casos.

Carlos Mesa y Álvaro García Linera encontraron el camino para establecerse como intelectuales en el medio boliviano. El primero tenía una afianzada carrera como periodista y, de hecho, antes de ser presidente era accionista de un canal. El segundo, sin un patrimonio tan halagüeño, había logrado reconvertir su pasado guerrillero y su actividad política en insignias de legitimación. No sólo era un profesor reconocido en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, sino que él mismo había saltado a los medios de comunicación, primero de modo regular a la prensa y, posteriormente, a la televisión.

Cabe entonces considerar que las condiciones de la palabra pública, auspiciada por la diseminación de la imprenta y de la habilidad de lecto-escritura asociada con el establecimiento de los sistemas educativos centralizados con la emergencia de los estados-nación, no se ha disuelto como podrían hacer suponer las tecnologías de información y comunicación contemporáneas. Los intelectuales, entonces, conservan su importancia. Esta importancia, sin embargo, es relativa. A pesar de cierta generalización de los medios de comunicación -sean libros o la televisión- se sabe que la recepción de estos tiene públicos específicos y que no necesariamente afectan los grandes contingentes de votantes.

Si esa es la situación ¿por qué dos líderes tan diferentes como Sánchez de Lozada y Evo Morales recurren a ellos? En primer lugar resalta que, con sus diferencias, tanto Mesa como García Linera pertenecen a una clase media en la que el factor cultural es predominante. Ello es expresado en las elecciones escolares de sus familias que los ponen en colegios privados católicos, que en el caso boliviano expresa no solo una exclusividad sino además la distinción basada en la exigencia académica que demanda un colegio tradicional. Se refrenda además en el antecedente de estudios en el exterior: Mesa en España y García Linera en México. Bajo esa línea se advierte que ambos intelectuales siguen trayectorias de reproducción y afianzamiento cada uno de su propia posición social.

A la vez no hay que dejar de lado que las estrategias de ambos resultan diferentes considerando los pasos que dan. Mesa logra un ascenso temprano apostando por la sucesión de la posición de sus padres, pero además apostando por las vías más

institucionalizadas de la consagración, plegándose no sólo al clamor generalizado por instituciones democráticas, sino además en otros ámbitos, como unirse a los fundadores de la Cinemateca Boliviana, forjando su nombre como una referencia en ámbitos distintos. En cambio, sensiblemente diferente, García Linera opta por una estrategia de subversión, inclinándose por la vía armada en un momento en que Bolivia parecía poco apta para ello dado el descalabro de la izquierda en manos del banzerato. Lo mismo podría decirse para el carácter de sus ideas, radicales en un momento en que la apuesta por la democracia sintetizaba mucho de las aspiraciones políticas.

El devenir de sus destinos acentúa los trayectos prefigurados. Mientras uno se aproxima a los entornos de poder, el otro permanece en la cárcel; mientras Mesa se suma a la publicación de una historia general de Bolivia, obra que apunta al canon escolar, García Linera apuesta por textos con franca intención inflamatoria en la intersección del marxismo y el indianismo, dos tradiciones condenadas a la marginación durante el neoliberalismo. En ese entendido no es sorprendente notar cómo su misma práctica política lleva las mismas marcas: la defensa de las instituciones frente a quien apunta a dinamitarlas, aunque sea simbólicamente. El heredero frente al subversivo que aparece en posiciones distintas antes de un relámpago en cielo sereno. Ambos son contendientes en el campo intelectual y a pesar de sus proximidades siguen estrategias diferentes.

Es esa ascendencia sobre el campo intelectual que es perseguida por los hombres de la política. Ni Evo Morales ni Sánchez de Lozada se deben a este campo, ambos vienen de dos trayectorias de acumulación política que se edifica sin éste, pero lograr predominancia en el mismo es lo que abre las posibilidades de construcción hegemónica. El campo intelectual, si bien es un campo subordinado, ofrece posiciones estratégicas para transmitir ideas fuerzas que se diseminan por la sociedad, proveyendo los materiales con los que se construye el sentido común. Las palabras con las que se nombra lo que ocurre en los periódicos, en la radio, en los salones de clase raramente son entendidos, por así decirlo, en su sentido técnico, pero a fuerza de repetición coadyuvan a conformar sentidos, clivajes, oposiciones, identidades y enemigos. El intelectual ocupa una posición menos heroica que las que se le dio en diferentes momentos del siglo XX, sin embargo, es un arma decisiva.

Ahora bien, lo que destaca es que la potencia que el hombre de la política puede extraer del intelectual depende parcialmente de cuanto pueda ajustarlo a sus propios propósitos. Sánchez de Lozada necesitó de la imagen pública de Mesa para dar señales

de renovación y alguien que pueda aparecer como confiable para asumir tareas de lucha contra la corrupción. Posteriormente, se hizo claro cuánto pragmatismo de campaña sostenía aquello. Evo Morales a su vez acercó a García Linera para hacer más potable su candidatura frente a sectores medios, pero a la vez ganó -en este caso de modo efectivo- a un estrategia político de alto vuelo que aparte de diseminar una lectura de las coyunturas políticas, ha anticipado frentes de conflicto y soluciones a estos.

Las razones por las cuales los intelectuales aceptan este tipo de participación subordinada pueden entenderse en el mismo cambio de sus posiciones. Como intelectuales pueden acumular un capital simbólico que dentro del campo intelectual puede ser suficiente, pero en última instancia la vinculación con el poder político les ofrece al menos dos cosas. En el nivel del cálculo individual de carácter más *rational choice*, el ingreso en la política les ofrece las posibilidades de un incremento de capitales y del poder que se puede ejercer sobre el mismo campo. En el nivel de las convicciones, que no necesariamente se desliga de lo anterior, está la posibilidad de convertir las ideas y propias posiciones en materia y acción a través de los canales del Estado; en fin, lo que cotidianamente se entiende como “cambiar las cosas”. En un ámbito en el que la autonomía de los campos político e intelectual o académico están claramente diferenciados, la incursión en política por parte de un intelectual podría ser costoso. Pero en Bolivia, dadas las condiciones de dependencia del campo intelectual, los saltos a la política suelen ofrecer más ventajas que inconvenientes.

La dinámica de la relación entre los actores políticos e intelectuales, entre las condiciones del campo político y el intelectual, tienen efecto sobre las coordenadas políticas y su desplazamiento. Ya se ha señalado cómo García Linera se aleja de Felipe Quispe para acercarse a Evo Morales en un juego en el que la coyuntura política demandaba la conciliación entre la pulsión antiimperialista y la reivindicación de las naciones indígenas. Así mismo se ha mostrado cómo Mesa se hace parte del orden neoliberal que tenía en Sánchez de Lozada a su máxima expresión, es su vicepresidente y, ante el colapso del orden neoliberal, Mesa se proclama como afecto al nacionalismo revolucionario. Es decir, recula a posiciones que había dado por obsoletas en los años noventa.

Afectados de modo diferente por la progresión del cambio de circunstancias, ambos intelectuales toman diferentes caminos de reacomodo desde donde actuar. García Linera ajusta su discurso para coadyuvar al cambio de manos del Estado, Mesa -

despojado del piso- recurre a una defensa de instituciones para contrabalancear las demandas indígenas desde la idea de mestizaje. Es, por decirlo de alguna forma, como si la extinción de un centro de gravedad -un núcleo discursivo- y la emergencia de otro reorganizara el resto de los cuerpos en el espacio en función de su polaridad y masa, pero también la misma curvatura del espacio, de sus límites y de su centro.

Bibliografía

- Antezana, L. H. (1983). Procesos ideológicos en Bolivia. En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *Bolivia, hoy*. México: Siglo XXI.
- Balán, J., & Jelin, E. (1979). "La estructura social en la biografía personal". *Estudios CEDES*, 2(9)
- Becker, H. S. (1974). Historias de vida en la sociología. En J. Balán (Ed.), *Las historias de vida en las ciencias sociales, teoría y técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bertaux, D. (1993). La perspectiva biográfica: Validez y perspectiva. En J. M. Marinas, & C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: Perspectivas y experiencias* (pp. 149). Madrid: Debate.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Bourdieu, P. (1991). *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2001). *El campo político*. La Paz: Plural.
- Fernández Saavedra, G., Chávez Álvarez, G., & Zegada, M. T. (2014). *La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización. Enfoque internacional y estudios de caso*. La Paz: PIEB.
- García Linera, Á. (2005). Autonomías y estado multinacional. *Temas Sociales*, (26)
- García Linera, Á. (2005b). *Estado multinacional. Una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias*. La Paz: Malatesta.
- García Linera, Á. (2014). *Identidad boliviana. nación, mestizaje y plurinacionalidad*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- García Linera, Á & et. al. (Eds.) (2007) *La Transformación pluralista del estado*. La Paz: Muela del Diablo.
- Gramsci, A. (1963). *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo.
- Gonzales, O. (2000). *Pensar américa latina. hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos*. Lima: Mundo Nuevo.

- Lazarte R, J. (2008). *Derrumbe de las res-pública. los procesos electorales en Bolivia 2002, 2004 y 2005*. La Paz: Plural.
- Lazarte R, J. (2010 [2003]). El conflicto entre un estado del 'demos' y un estado del 'etnos'. *T'Inkazos*, (14)
- Mansilla, H. C. F., Gamboa Rocabado, F., & Alcocer Padilla, P. (2014). *Una disyuntiva complicada: Bolivia plurinacional y los conflictos de las identidades colectivas frente a la globalización*. La Paz: PIEB.
- Mayorga, F. (2011). *Dilemas. ensayos sobre democracia intercultural y estado plurinacional*. La Paz: CESU UMSS; Plural.
- Mayorga, F. (2014). *Incertidumbres tácticas. ensayos sobre democracia, populismo y ciudadanía*. . La Paz: PIEB; Plural.
- Mesa Gisbert, C. (2000). *La espada en la palabra*. La Paz: Gisbert.
- Mesa Gisbert, C. (2008). *Presidencia sitiada: memorias de mi gobierno*. La Paz: Plural.
- Mesa Gisbert, C. (2008b). *Un gobierno de ciudadanos*. La Paz: Plural.
- Mesa Gisbert, C. (2013). *La sirena y el charango. ensayo sobre el mestizaje*. La Paz: Gisbert y Compañía.
- Prada, R. (2007). "Articulaciones de la complejidad". En Á. García Linera, & et. al. (Eds.), *La transformación pluralista del estado*. La Paz: Muela del Diablo.
- Prada, R. (2008). *Subversiones indígenas*. La Paz: CLACSO; Muela del Diablo.
- Prada, R. (2012). "Estado plurinacional comunitario autonómico". En B. De Sousa Santos & J. L. Exeni (Eds.), *Justicia indígena, plurinacionalidad e interculturalidad en Bolivia*. La Paz: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Rojas Ortuste, G. (2001). *Por qué el Mallku se yergue como el gran acusador. el movimiento étnico-campesino en el 2000 boliviano*. La Paz: PNUD.
- Roseberry, W. (2007). *Hegemonía y lenguaje contencioso*. En M.L. Lagos & P. Calla (Comp), *Antropología del Estado*. La Paz: PNUD.
- Said, E. (1994). *The representations of the intellectual*. London: Vintage.
- Scott, J. (1985). *Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance*. Connecticut: Yale University Press.
- Solíz Rada, A. (2001). *La fortuna del presidente*. La Paz: Quality.
- Zavaleta Mercado, R. (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.

Zegada, M. T., Arce, C., Cañedo, G., & Quispe, A. (2011). *La democracia desde los márgenes. transformaciones en el campo político boliviano*. La Paz: CLACSO; Muela del Diablo.